

## MAQUIAVELO.

**N**ICOLÁS MAQUIAVELO, á quien los italianos suelen designar comunmente con el nombre del *secretario florentino*, nació en Florencia el 3 de Mayo de 1469, de una familia descendiente de los antiguos marqueses de Toscana, de cuyas posesiones se fue poco á poco apoderando la república naciente, hácia fines del siglo IX. En ella se contaban trece individuos que habian obtenido la dignidad de (gonfaloniere) magistrado de justicia, que correspondia á la de dux, y otros cincuenta y cuatro que en diversas épocas habian formado parte del consejo de los priores, que constituian la suprema magistratura de la república.

Los primeros años de la juventud de Maquiavelo son enteramente desconocidos: sábese únicamente que perdió á su padre á la edad de diez y seis años, y que concluyó sus estudios bajo la tutela de su madre. En 1494 fue colocado, segun se dice, cerca del sábio Marcelo Virgilio, que desempeñaba uno de los primeros destinos de la cancillería de estado: allí adquirió la práctica de los negocios, y cinco años despues obtuvo una plaza de canciller de la segunda chancillería de estado, con preferencia á otros cuatro pretendientes. A muy poco tiempo lo nombró otro segundo decreto secretario del *Consejo de los Diez*, ó del gobierno de la república; y en aquel mismo año fue elevado Marcelo Virgilio á la dignidad de gran canciller, *primario cancelliere*, destino que conservó, así como Maquiavelo el suyo, hasta que vueltos á entrar los Médicis en Florencia, derrocaron el gobierno que los habia empleado á ambos.

Durante catorce años y cinco meses que desempeñó Maquiavelo este destino, desplegó en él toda la actividad de su genio y todos los recursos de su talento: él solo tenia á su cargo la correspondencia interior y exterior del estado, las actas de los consejos y de las deliberaciones, la redaccion de los tratados ajustados con las potencias vecinas y los soberanos estrangeros. Pero sus conciudadanos no se limitaron á un empleo estéril, por decirlo así, de su talento, sino que deseando aprovecharlo mas, le confiaron, durante el egercicio de sus funciones, veinte legaciones á paises estrangeros, cuatro de ellas á Francia cerca de Luis XII, y en todas ellas, cuyo buen éxito era de sumo interés para la república, supo siempre sostener y defender los intereses y dignidad de su patria. Y si no pudo por sí solo lograr poner á salvo el gobierno de Florencia, forzoso es atribuirlo á la poca energía y al espíritu de discordia que reinaba entre sus habitantes, sin que por esto dejara jamás de valerse de la influencia que egercia en los negocios públicos para preservar la libertad de su patria, y cualquiera que haya sido el resultado de sus esfuerzos, bastan al menos para su gloria.

Florencia cayó otra vez en poder de los Médicis y cambió el gobierno; Maquiavelo entonces, despues de catorce años de útiles servicios, fue primero destituido de su empleo, y desterrado en seguida, con prohibicion de salir del sitio señalado para su confinamiento. Este no fue mas que el principio de sus desgracias: al poco tiempo conspiraron algunos republicanos para destruir el nuevo gobierno y restablecer la libertad, y descubierta la conjuracion fueron



decapitados dos de los gefes, y presos los principales cómplices. A Maquiavelo, por sospechas de ser uno de ellos, y á pesar de no existir contra él ninguna prueba, se le aplicó el tormento, y sufrió, como lo dice él mismo en una carta, cuanto puede sufrirse sin perder la vida. Nada confesó en él, bien fuese que tuviera fuerzas para aguantar el dolor y guardar su secreto, ó bien que fuera en realidad inocente, como lo afirmó siempre, hasta que fue, por último, comprendido en la amnistía general que publicó León X, señalando con este acto de clemencia su advenimiento al trono pontificio.

Vuelto Maquiavelo á la libertad, no fue por esto mas feliz: estaba casado y tenia varios hijos, y como su desinterés en el egercicio de su empleo no le habia permitido mejorar su fortuna, salió de él tan pobre como habia entrado. Dedicóse entonces á buscar consuelos en el retiro y el estudio; y aquí es preciso rectificar algunos de los juicios que se han emitido sobre los escritos de este hombre célebre.

Se ha escrito un libro sobre las vicisitudes de la fortuna de Aristóteles, y otro casi igual pudiera formarse sobre la de Maquiavelo. Sus obras causaron muy poca sensacion al principio: las tres principales, la *Historia de Florencia*, los *Discursos sobre Tito Livio*, y *El Príncipe*, se publicaron algunos años despues de su muerte, acompañadas de un privilegio del papa Clemente VII, uno de los mas ilustrados pontífices que han ocupado la cátedra de S. Pedro. Sus sucesores dejaron por mucho tiempo reimprimir estas obras sin hallar en ellas nada contrario ni á la moral ni á la religion, y solo en el pontificado de Paulo IV se halla inscrito Maquiavelo en el catálogo de autores de escritos que debian proscribirse; pero ya era muy tarde para prohibir libros repetidas veces reimpresos, y cuyo veneno debia estar muy oculto, cuando habia sido menester tanto tiempo para descubrirlo.

Cuando se estudian con atencion las razones en que apoya Maquiavelo la mayor parte de sus principios, no se tarda en descubrir su verdadero pensamiento, y sorprende no poco ver, que este escritor, á quien se tacha de profesar una moral tan corrompida, porque presentando friamente la cuestion, sin censura ni elogio, parece que rechaza toda idea de virtud, no abandona, sin embargo, jamás el partido de lo bueno y honrado. El fin de Maquiavelo al componer el libro *del Príncipe*, no puede ya en la actualidad ser dudoso: en vano han querido algunos ver en él un lazo tendido á los Médicis para acelerar su caida con el aliciente del poder absoluto, y en vano han pretendido otros que el austero republicano hace en él concesiones que lo constituyen fautor de despotismo; este tratado se compuso con el solo objeto de probar á los Médicis que su autor habia sabido aprovechar su posición para adquirir profundos conocimientos en política, y que era digno de que lo emplearan los nuevos señores de su patria.

En 1523 estalló otra nueva revolucion en Florencia, restableciéndose el gobierno popular, y Maquiavelo volvió á su patria lleno de las mayores esperanzas. ¿Y quién podia, en efecto, tener títulos mas fundados para el reconocimiento público? Mas al llegar á Florencia no tardaron en desvanecerse las ideas favorables que habia podido formar, pues no es seguramente cuando el pueblo está con el entusiasmo del poder, cuando hay que esperar de él justicia. Maquiavelo hizo tan triste experiencia, y el hombre que con tanto valor habia soportado el tormento, se dejó abatir al verse separado de los negocios por sus



ingratos conciudadanos, y esta pesadumbre alteró su salud. Creyó restablecerla con un remedio que acostumbraba usar para los dolores de estómago que padecía, y eran unas píldoras, que aconsejaba tomar á sus amigos, y que, decia, *lo habían resucitado*, pero esta vez de nada le sirvieron, y acometido de violentos dolores en las entrañas, murió el 22 de Junio 1527, á los cincuenta y ocho años de edad. Cuando conoció próximo su fin, imploró los auxilios de la religion, y murió asistido hasta los últimos momentos de los consuelos que prodiga á sus hijos. Preciso es que haya sido grandísimo el encarnizamiento de sus enemigos para haber asegurado que murió con los mas marcados sentimientos de ateismo y profiriendo horribles blasfemias; mas son tantos los testimonios que existen en contrario, que hubieran podido á la verdad omitir semejante calumnia. Sin embargo, solo en 1787 y bajo el gobierno del gran duque Leopoldo, Florencia, ingrata hasta entonces con la memoria de uno de sus grandes hombres, le erigió un sepulcro de mármol en la iglesia *Santa-Crocce*, al lado de los de Miguel Angel y Galileo.

Maquiavelo es tenido en Italia por uno de los escritores que mas fuerza, claridad y naturalidad han dado á la lengua nacional. Su manera de escribir es enteramente diversa de la de sus contemporáneos, pues mientras que los Bembo, los Guicciardini se complacian en exornar sus períodos, Maquiavelo, arrastrado por la impetuosidad de su pensamiento, espresa su frase tal como le ocurre, y no la procura adornar con una riqueza que le parece estraña. Es digna de notarse la relacion que hay entre su estilo y el de Montesquieu, no pudiéndose dudar que este estudió á Maquiavelo, á quien llama grande hombre en su inmortal obra del *Espíritu de las leyes*; y si no le ha hecho mas particularmente justicia confesando lo que debia, forzoso es atribuirlo á la reprobacion que pesaba sobre la memoria del secretario florentino.

Queda, en efecto, contra él una acusacion terrible, que ha convertido su nombre en sinónimo de la perfidia é inmoralidad política. ¿Seria acaso muy difícil borrar esta mancha? ¿No se podria decir que en materia de gobierno, existia el *Maquiavelismo* mucho antes que Maquiavelo? Mas si no es posible disimular completamente las funestas prevenciones que van unidas á sus escritos, tal vez podrán servirles de excusa los tiempos en que vivió y la posicion en que estuvo: Francia habia visto en su trono á Luis XI: Inglaterra á Enrique VIII, que hacia morir en el cadalso á tres reinas, sus esposas, y la cátedra pontificia estaba deshonrada por Alejandro VI, aquel Borgia de triste memoria. Educado, por decirlo así, en medio del olvido de todos los principios de moral y de justicia, lanzado á los veinticuatro años en la carrera de los negocios públicos, obligado á tratar con personajes, cuya alta clase no los ponía á cubierto de la corrupcion, hubiera sido forzoso que tuviera un alma estraordinariamente enérgica para no dejarse arrastrar con el torrente del ejemplo.

En el número de los antagonistas de Maquiavelo se encuentran dos nombres autorizados: el primero, Federico II, el monarca guerrero, filósofo y literato; el segundo, Voltaire, que se dedicó á publicar el *Anti-Maquiavelo* del príncipe real de Prusia con la infatigable actividad que fue siempre el móvil de sus acciones. Esta empresa de dos enemigos tan ilustres debe considerarse como un brillante homenaje rendido á la alta reputacion de Maquiavelo, y como el complemento de todas las vicisitudes á que debian verse espuestas sus obras.



## A MI MADRE.

Cariño materno, delicia suave,  
Dichoso el que sabe, tu imperio acatando,  
Que vas procurando, sin hiel ni tormento,  
Placeres sin cuento.

¡Dichoso mil veces quien sufre tu yugo  
Balsámico jugo del alma inocente,  
Tranquila corriente, benéfico rayo  
Del nítido Mayo!

Perfume apacible que llegas al alma,  
Dulcísima calma vertiendo en el seno;  
Ambiente sereno, que halagas las flores  
Sin duros rigores.

Amor excelente que ignoras los celos,  
Y ahuyentas desvelos de fieras pasiones;  
¡Cuán puros blasones adornan tu escudo  
De males desnudo!

¡Balsámica rosa sin crudas espinas,  
En almas mezquinas no viertas tu aroma!  
Estrella que asoma del hombre en la cuna  
Sin nube importuna;

Suavísimo fuego que tibio calienta  
Y el alma alimenta con plácida llama,  
¡Ay, cuánto se inflama mi pecho que siente  
Tu lumbré inocente!

¿Quién da en nuestros labios el beso primero  
Con rostro hechicero delicias sembrando?

¿Quién va derramando tranquilo beleño  
Del niño en el sueño?

¿Quién ¡ay! sobre el lecho do duerme inocente  
El plácido ambiente del pecho derrama?

¿Quién tanto nos ama, quién vierte en el alma  
Placeres y calma?—

¡Cariño materno, delicia suave,  
Dichoso el que sabe, tu imperio acatando,  
Que vas procurando, sin hiel ni tormento,  
Placeres sin cuento!

F. Figuera.



# ESTUDIOS HISTÓRICOS.

## NAPOLEON Y WASHINGTON.

### PARALELO TRAZADO POR CHATEAUBRIAND (1).

Al echar una ojeada rápida en los hombres (2) que mas han trastornado durante los últimos años los imperios y las ideas, se nos presentan como dos grandes colosos Washington y Bonaparte. No pertenece el primero á aquel linage de héroes que de tiempo en tiempo produce los Alejandros y los Césares: bien al contrario, ni se halla colocado en la gloriosa arena teniendo á príncipes y á reyes por espectadores, ni atraviesa los mares, ni corre con no vista audacia desde Ménfis al Austria, y desde Cádiz al centro de la Moscovia. Lucha por otra parte en un pais desnudo de monumentos y de memorias, sin destituir á los monarcas, sin renovar con ensangrentadas hazañas los portentosos triunfos de Arabela y de Farsália. No sé qué silencioso velo ofusca el brillo de sus acciones: obra con lentitud, procede con madurez, y á cada paso vacila cual si temiese comprometer los destinos de su patria. Sin embargo, al internarse uno en los desconocidos bosques, donde brilló tantas veces su vencedora espada, hállese de repente en medio de colonias florecientes, de tribus laboriosas y manufactureras, esperanza fecunda de la América, estímulo y recelo de la antigua Europa.

Revolviendo los ojos hácia Bonaparte, vémosle combatir por el contrario en los paises mas clásicos de la historia, rodeado del prestigio de su nombre famoso, y de las engañosoras ilusiones que frecuentemente deslumbran á los ambiciosos adalides. Cual si tuviese un presentimiento de la brevedad de su carrera, ó cual si conociese, por mejor decir, que el torrente que desciende de muy elevada cumbre debe pasar con rapidéz por la llanura, apresúrase á disfrutar de su fortuna como de las caricias de una fugitiva cortesana, y seme-

---

(1) Voyage en Amérique, t. I.

(2) Encontré á Washington, dice el mismo Chateaubriand, antes que las circunstancias hubiesen dado alguna publicidad á mi nombre. Pasé ante él como una sombra: mientras yo le veía en el lleno de su resplandor, contemplábame el antiguo caudillo envuelto en el polvo de mi propia oscuridad.

Poco despues ví á Bonaparte sin que mi corazon pudiese amarle. El anciano que dejaba en América escitaba mi respeto, el conquistador de la Europa mi cólera ó mi desprecio. En la moderación del primero creí reconocer las virtudes de un pueblo puro, en la brillantéz y en las pasiones del segundo las flaquezas de un pueblo corrompido. El destino que me hizo conocer á estos dos hombres célebres, revelaba á mi espíritu que la modesta templanza del uno disculpaba sus empresas, y que la codicia del otro habia de eclipsar algun dia el lustre de sus hazañas.



jante á los dioses de Homero quiere mágicamente trasladarse del uno al otro extremo del mundo, por lo que aparece en todas las riberas, y escribe su nombre en los fastos de todos los pueblos, y arroja sin detenerse cetros y coronas á su familia, á sus amigos, á sus soldados, despues de haber abatido la hidra de la revolucion, horrendo simulacro de la anarquía.

Retiróse Washington al techo paternal una vez asegurada la suerte de su patria; y la Eúropa no se atrevió á dejar las armas mientras respiraba Napoleón, por mas que le tuviese encarcelado en una isla del Océano.

Existe la obra de Washington, al paso que ni vestigios quedan del imperio que usurpara Bonaparte (1). Ambos salieron del seno de una república, ambos alimentaron en su corazon las falsas teorías de los filósofos enciclopedistas; pero el uno creía en ellas de buena fe, y las adoptaba el otro como un medio de ensalzamiento.

Este desmesurado gigante pertenecía por su genio á la edad moderna, y por su ambicion á la edad antigua: adelantábase á veces hácia lo futuro, á veces retrocedia á lo pasado, y siempre por su prodigiosa fuerza arrastraba ó repelia los acaecimientos y las naciones. Como á sus ojos no eran los hombres sino recursos de grandeza y poderío, ninguna especie de relacion se nota entre su felicidad y la dicha de sus súbditos: prometió engrandecerlos y solo supo esclavizarlos: mostróse egoista con ellos, y abandonáronle á su siniestro impulso. ¡Ah! así como colocaban los Faraones de Egipto sus fúnebres pirámides en medio de estériles arenales, ha elevado Bonaparte sobre áridas ruínas el frágil monumento de su fama. ¡Ella es mas bien un recuerdo de sus culpas que de sus glorias, un recuerdo de su nada que de su prepotencia, un recuerdo de su oscura muerte que de su ruidosa vida! — *Grao.*

## EL CONVENTO Y EL TEATRO.

**L**AS campanas violentamente agitadas hacian retronar las lagunas con su toque á vuelo; por todos lados las góndolas, cediendo al impulso de los remos, corrian cargadas de venecianos vestidos con opulencia. Este gentío tan alegre y elegante iba á arrodillarse á los pies de los santos altares. Era pascua.

Un gran número de fieles se habia reunido en la capilla del convento de Santa M.<sup>\*\*\*</sup> Allí tiernas voces de jóvenes se unian en coro para celebrar la resurreccion del Salvador. ¡Qué patética armonía! ¡qué cantos divinos! parecian uno de esos conciertos celestiales que solo retumban en las bóvedas del cielo.

---

(1) Si como la fama cuenta, Ruy Diaz de Vivar fue puesto ya difunto sobre Babiaca y todavía ganó una batalla á los agarenos, Napoleón despues de muerto ha hecho suya la Eúropa. Su imperio es un período de gloria para la Francia; y si renace, tal vez él sea quien detenga el torrente de la revolucion, y asegure en el mundo la paz: y pregunta Châteaubriand ¡qué queda de su imperio!.... pues qué ¿es poco quedar?



Cada cual, replegando su pensamiento, se dejaba trasladar por el delirio de su imaginación á las regiones divinas donde su alma se estraviaba, y se creía estar en presencia del Todopoderoso! — Ya el sacerdote ha levantado la sagrada hostia, y una sola voz ha resonado bajo los góticos arcos de la bóveda. ¡Oh! ¡ahora crece la ilusión! ¡Es sin duda la voz de un ángel! ¡Qué celestiales acentos llenos de espresión! El corazón se conmueve, lágrimas brotan los ojos. Todos escuchan con entusiasmo.... temblando.... este canto divino no durará siempre.

Terminado el oficio, un hombre, en cuyas facciones se veía estampada la emoción que habia experimentado, se dirigió á una de sus vecinas, que no cesaba de murmurar algunas santas oraciones, sin conmoverla la música.

—¿Conoceis, le preguntó, la monja que ha cantado el *Salutaris*?

—Debe ser una jóven novicia que va á tomar el velo.

—¡El velo! exclamó el interlocutor que no podia ocultar su indignación; ¡ah! por el sol que me alumbraba, no será así.... es un tesoro no destinado á una abadía.

Algunos instantes despues estaba nuestro dilettanti con la abadesa. Esta le habia contado que la jóven por quien se interesaba era hija de un joyero de Venecia, que por repetidas desgracias se veía reducido á la nada, y por la recomendación de personas muy poderosas, habia consentido en darle entrada en el convento.

—Lo que acabais de decirme, madre, me colma de alegría, porque no veo obstáculos para el cumplimiento de mis proyectos. Puesto que esa jóven no está aquí por vocación, y si por la desgracia de su familia, no podrá rehusar su libertad, si la fortuna la espera á las puertas de esta casa.

—¿Cómo? dijo la superiora sorprendida.

—He oido su voz cuando el oficio.... es el mejor soprano que oí.... y su carrera.... debe ser la del teatro.

—¿El teatro? contestó la superiora; usted no piensa....

—Le prometo las mas ventajosas contratas.

—Es imposible.... ¡El teatro! ese lugar de perdición.... ¿y yo permitiría que una hija de Dios incurriese en la eterna condenación por satisfacer vuestros locos deseos?... No, señor, lo repito: es imposible.

—Pero no olvidéis que su voz es admirable.... es una gran lástima no emplearla....

—La empleará aquí.... entonará cánticos....

Nuestro italiano no se acobardó sin embargo de esta negativa, que ya esperaba, y no desistió en el combate por falta de valor. Creía que podia haber contratas hasta con la gente de Dios.

—Pero madre, siguió; si ella partiese con vosotras su afortunada suerte.... si cediese al convento su primer contrata....

—¿Dinero?... ¿por quién me teneis, señor? — ¿Vender el deshonor?

—No es eso, madre.... os engañais sobre mis proposiciones; seria á título de reconocimiento como esa jóven os daría una renta de cincuenta florines....

—Imposible, os digo.

—De sesenta.

—Es inútil.

—De setenta.... de ochenta....



— Sois tan egecutivo....

— Pensad que es la felicidad de su padre, de toda su familia, que está en la miseria....

— Pero, señor, puede ser que ella no consienta.

— ¿Creeis que el claustro tenga muchos atractivos para una jóven de diez y ocho años, — y mas cuando el teatro está delante de ella con sus bravos y sus triunfos de cada día?

— ¿Decis que daría al convento una renta de ochenta florines?

— Cierito....

— Le hablaré, siguió la superiora queriendo disimular su alegría...; pero estad persuadido, señor, que lo que haga es únicamente por el padre de la pobre muchacha.

Nuestro dilettanti dejó el convento, firmemente persuadido de su éxito, porque ya todo dependia de la abadesa.... y no dudaba conseguir sus fines.... El oro tiene atractivos para todo el mundo; hasta para una abadesa.

Al día siguiente, despues de la misa, hizo comparecer á la novicia. Era una graciosa morena de tez sonrosada y fresca; su talle esbelto y torneado se delineaba por encima de un toscó sayal. Cuando se sentó, la superiora entabló el combate, porque esperaba gran resistencia....

— Hija mia, le dijo; el día en que vais á pronunciar un á Dios eterno al alegre mundo se aproxima.... Pero ¿habeis meditado que en el momento en que pertenecereis á Dios, el arrepentimiento será un pecado mortal?

— Ya lo sé, madre.

— Decidme, hija mia.... ¿ningun recuerdo altera vuestra resolucion?... ¿no recordais algunas veces con sentimiento lo pasado?... ¿Y si hoy os mandasen pronunciar el voto fatal.... decidme, hija mia, vacilariais?

— No, madre.

— No temais, hija mia; decidme la verdad.... pues estoy dispuesta á probar vuestra resistencia, si no sentis una sincera vocacion.... Y por egemplo, si una carrera se os presentase ahora, una carrera que pudiese hacer la felicidad de vuestra familia, y sacar á vuestro padre de la miseria, ¿persistiriais en quedarnos en el claustro?

— ¡De veras! exclamó la jóven, ruborizada y con el rostro sonrosado de alegría con el pensamiento de devolver la dicha á su desgraciado padre.

— Sí; podeis ser rica; desde hoy podeis pasar de esta vida monótona á una existencia agitada y llena de emociones....

— ¿Cuál es, madre? preguntó alegremente la jóven....

— El teatro.

A esta palabra la novicia perdió el color, porque era terrible renunciar á una vida que le presentaban brillante y llena de atractivos. ¡Y verse obligada á tornar el velo, cuando ya creia haberlo rasgado!... Pero su educacion le mandaba negarse á tal oferta.... y obedeció.

— No, nunca tal carrera; mas vale el claustro.

La superiora no cesaba de mirarla, y habia notado la alegría de la novicia cuando le hablaba del mundo. No dudaba que con mas perseverancia conseguiria vencer esta resistencia.

— Ya que persistis en esta resolucion, preparaos á egecutarla. Desde mañana entrareis en el retiro.



Con efecto, al día siguiente la jóven novicia, separada de sus compañeras; abandonaba la celda por un sombrío cuarto, de donde ya no salió, ni para comer. Al cabo de ocho días pasados en aquella triste morada, la abadesa vino á buscarla para conducirla á una sala mas tranquila; después de haber bajado veinte gradas, llegaron al fin de un inmenso subterráneo, en donde se hallaba una sala húmeda y oscura, alumbrada solamente por el resplandor de una antorcha moribunda.

—Aquí, la dijo, permaneceréis hasta el día en que pronunciéis vuestro voto.

El valor de la jóven desapareció á la vista de este horrible retiro, y abandonándose sobre el pobre lecho, se dejó encerrar como la víctima que baja la cabeza bajo el hacha fatal, sin fuerzas para apartarla. Allí, viendo llegar el funesto día, habia reflexionado con espanto su suerte futura; y la pobre jóven pensaba en lo pasado, y en la carrera que se la habia ofrecido y que sentia desear. La noche que precedió al momento fatal, en vano ansió que el sueño mitigase la fiebre abrasadora que la devoraba; sus pensamientos de cada día agitaban su espíritu; todos sus males se agolpaban para inmutar su resolución.... Mas de una vez estuvo á punto de sucumbir....

Al llegar al día, la abadesa vino á buscarla, y ya sin fuerzas para resistir, se dejó llevar sin proferir una palabra.

La capilla estaba colgada de tapices negros, como para el oficio de difuntos. Allí cubrieron á la novicia con largos vestidos de luto; su palidez hubiera convencido de la realidad de aquella ceremonia fúnebre. Cuando llegó al centro del coro, la hicieron tender sobre un tumbo, cubriéndola con un paño sepulcral; los cantos comenzaron, — aquellos cantos siniestros que hacen temblar con la idea de la muerte que penetra en el alma.

Todavía una hora, y la jóven habia muerto para el mundo.

Pero á las últimas estrofas del *Dies iræ*, un grito horroroso salió de debajo del paño negro. Era la víctima estremecida que habia recobrado sus fuerzas al borde del abismo.

—¡Oh! ¡madre mia!... acepto; dijo con trémula voz á la superiora que corrió á su lado.

—¡Loado sea Dios! murmuró la abadesa.

Poco tiempo después, una jóven actriz saludaba con gracia por primera vez á los espectadores del gran teatro de Venecia, que la sepultaban bajo una lluvia de ramos y coronas.

El maestro era Crescentini: la discípula la novicia del convento de Santa M. \*\*\* era la célebre Catalani.

## Epigramas.

### I.

—Este cuadro es una joya,

Dijo Luisa á D. Torcuato.

—¿Es un capricho de Goya?

No señor, que es mi retrato.



## II.

Un padre á su hija decia,  
Dándola buenos consejos,  
«Sé otra Susana, hija mía;»  
Y la chica respondia:  
«Cuando me persigan viejos.»

## III.

Traduce cuatro comedias  
Del francés al castellano,  
Y, segun los madrileños,  
Serás un gran literato.

*Gerónimo Moran.*

## IV.

El licenciado Bellidos,  
Que abogaba en una causa  
En pro de sus defendidos,  
Viendo á los jueces dormidos  
Hizo en su alegato pausa.

El que despierto quedó,  
«¿Por qué la defensa oral  
Suspendeis?» le preguntó.  
«Porque temo, replicó,  
Despertar al tribunal.

*Hipólito Munarritz.*

## UN MISTERIO \*

Y el anciano, que esto decia, agarró la orilla del vestido de la marquesa, y la besó con respeto casi religioso. En seguida se levantó pausadamente, y como si hubiera dejado su alma á los pies de la noble señora, la estuvo mirando un momento con profunda desesperacion, pronunció la palabra á Dios, y se volvió para irse. Mas se quedó pálido y temblando, como un criminal que se vé sorprendido, al hallarse cara á cara con Blanca, que lo detuvo diciéndole:

— No os vayais; mi madre nada sabe.... y vuestra confesion es para mí sola.  
— ¿Tú me perdonas?... repuso el caballero con voz ahogada por las lágrimas.  
— ¿No es por ella por quien lo habeis hecho todo? respondió Blanca señalándole á su madre que despertaba.

---

\* Véase la *Revista* anterior.



La marquesa, al parecer, procuró primero coordinar sus ideas; en seguida fijó la vista en el caballero, y le dijo:

— Os han ocultado, sin duda, su cruel sacrificio, hijo de su completa ignorancia, de los actos y de las leyes; pues sé muy bien que apreciáis mas el honor que la vida, y jamás le habríais dejado vender el nuestro.

Estas palabras traspasaron el corazon del caballero como un aguzado puñal, y se sonrojó y palideció á un tiempo: mas Blanca se apresuró á responder, viniendo en auxilio de su viejo amigo con una generosa mentira:

— Yo he obrado por mí sola, madre mia.

— Está bien, dijo la marquesa, recobrando toda la energía pasada con la indignacion que la animaba. Dios me privó del oido, para que no pudiera saber el deshonor de mi hija; de la vista, para que no la viera consagrar su afrenta al pie del altar; mas ahora que me ha devuelto uno y otro, ni quiero ni debo ser cómplice de semejante contrato.

— Hija mia, añadió poniéndose sola en pie con magestuosa lentitud, y yendo á descolgar de encima de la chimenea la preciosa miniatura que tan bien le presentaba las facciones del marqués de Montaran; te requiero para que me digas, en presencia de esta venerada imágen, si puedes, sin avergonzarte, llevar un título y gozar de unos bienes pagados á tan caro precio.

Blanca bajó la cabeza porque conocía el inflexible carácter de su madre; escesivamente buena en todos los sentimientos de la vida, y enérgica y casi dura, cuando se trataba de delicadeza y honor, y al momento comprendió que si su alma podia encontrar perdon en el amor, la de su madre no perdonaria jamás.

Las ideas de la marquesa estaban demasiado de acuerdo con las del caballero, para que no la oyera esplicarse así con cierto placer secreto. Despues de verificado aquel fatal casamiento, como él lo llamaba, no habia tenido el buen hombre un solo dia de sosiego. Viviendo con el continuo recelo de que Blanca descubriera el misterio de su union, inventando ardid sobre ardid, artificio sobre artificio, para escusar con la marquesa la increíble ausencia del esposo de su hija, se veia reducido, como ya hemos dicho, á temer el momento en que su amiga recobrara el oido, conociendo que las dificultades y restricciones de una conversacion por escrito, y lo que en ella podia omitir, no podian tener lugar cuando le hiciera preguntas claras y terminantes, á las que su oido iba tarde ó temprano á exigir respuestas precisas.

Tambien es necesario decir, que no eran los goces de aquella inmensa riqueza lo que mas habia seducido al caballero de S. Lorenzo, pues se hubiera contentado con un modesto y tranquilo bienestar para sus dos amigas, y este se lo habia proporcionado, con gran satisfaccion suya, la casualidad ó su buena estrella. Acababan de serle devueltos algunos bienes del marqués de Montaran, cuya restitution no le habian permitido intentar judicialmente los escasos medios de su viuda, gracias á algunos sacrificios hechos oportunamente, y tal vez á la invisible proteccion que velaba constantemente sobre la jóven princesa; y el caballero, una vez asegurados los medios de vivir con desahogo á la marquesa y su hija, hubiera renunciado con gusto á una riqueza tan cruelmente adquirida. El rencor, por otra parte, que nunca se debilita en ciertas organizaciones irritables como la de S. Lorenzo, le hacia soportar con sumo disgusto la especie de autoridad que se abrogaba sobre él el ex-padre Daquin, el conde



Voromsos en sus frecuentes relaciones. Este mal genio, como él lo calificaba, ejercía sobre él su imperio por el ascendiente que le daba el importante secreto, de que lo había hecho responsable; y el caballero, enredado por todas partes en los hilos de aquel misterioso drama, pugnaba en vano por librarse de los agudos dardos que á cada paso le lanzaba su astuto y maligno adversario. Hubiera, pues, dado cuanto hay en el mundo por poder luchar con su enemigo con armas iguales, y por todas estas razones adoptó con gusto las ideas de la marquesa, olvidando en su irritación, hasta la confianza que le había hecho Blanca de su amor al príncipe.

— Yo no debería, dijo el caballero, viendo que Blanca callaba después de las vehementes palabras de su madre, decir mi opinión en tan grave circunstancia; pero si á la princesa no la detienen para el partido que debe tomar si no consideraciones generosas con respecto á su esposo, podría fácilmente hacerla prescindir de ellas, revelándole un hecho, que debe tanto mas dispensarla de todo miramiento con el príncipe Metzski, cuanto que jamás podrá ser feliz con él.

Blanca miró al caballero, asombrada de encontrar un enemigo, donde esperaba hallar un amigo.

— El príncipe, continuó diciendo éste, ha jurado á la madre verdadera de sus hijos, á su querida, en fin, no vivir jamás con su muger, mientras exista la duquesa de A....

— ¡Qué horror! dijo la marquesa.

Blanca se sintió próxima á desfallecer.... esta espantosa idea solo le había ocurrido alguna vez, y su corazón indignado la había rechazado siempre.

— Hija mia, dijo la marquesa abrazándola, ni aun el amor podría resistir á semejante injuria.... ni los títulos ni las riquezas serian capaces de cautivar un alma como la tuya.... Déjale, pues, á tu madre el cuidado de consolarte de tantas penas. Este nombre de madre que invoco; los derechos de tu virtuoso padre sobre ti, que yo he heredado, no me permiten dejar á mi hija sufrir por mas tiempo el vergonzoso yugo que le han impuesto.... ¡Pero si fuera posible que la hija del marqués de Montaran quisiera seguir sufriendolo, tu anciana madre no seria testigo de ese oprobio, y se iria á morir lejos de ti!... Elige, pues, entre el autor de todos tus males, y yo que nunca te he dado mas que dicha y afecto.

Blanca, por toda respuesta, se arrojó en brazos de la marquesa, y ésta salió acompañada del caballero de S. Lorenzo.

La joven no sucumbió bajo este nuevo golpe: el orgullo solo venció á la pasión, porque las heridas del amor propio son mas punzantes que las del amor. Todo lo disculpaba en la conducta de Odoardo: la cruel necesidad del sacrificio de su honor de doncella; el misterio con que se lo habían ocultado: pero el juramento de no volverla á ver.... las expresiones amorosas que se atrevió á decirle, siendo para siempre de otra.... tanta mengua, tanta perfidia reunidas, desesperaron y exasperaron aquella alma tierna y cándida, y tomó su resolución.

Tres dias después presentaba la casa de Montaran un aspecto triste y severo, enteramente opuesto al movimiento que de ordinario se notaba en ella. El caballero de S. Lorenzo, en pie en su cuarto sin muebles, esperaba una visita que le acababan de anunciar, y entró el conde de Voromsos, á cuya vista asomó á sus labios una sonrisa de burla y casi de odio.



— La princesa no está visible, según me han dicho, dijo el conde saludando á S. Lorenzo.

— Os han dicho la verdad, contestó éste. ¿Qué queréis? después de tantas y tan diversas emociones, un alma mas fuerte que la suya necesitaria de sosiego y soledad.

— Me han asegurado, repuso Voromsof con malicia, que el señor caballero habia desafiado al miserable, cuya insolente provocacion produjo tanto escándalo en el baile de la ciudad, y temia que la juventud y la fuerza del oficial de notario....

— Triunfaran de mi edad y de mi debilidad, ¿no es esto? le interrumpió el caballero. Agradezco, señor, el interés que me manifestais; pero bien pudisteis convenceros antes de ayer por vos mismo en el bosque de Bolonia, de que siempre hay medio de igualar las suertes en un desafío.

— ¿Pues qué sabeis del príncipe? dijo Voromsof sorprendido, porque sobre éste se habia guardado completo silencio.

— Como si lo hubiera presenciado yo mismo, respondió el caballero. Por lo demás, mi desafío al oficial de notario, como llamais á la visita que le hice á ese tuno, no me obligó á tomar semejante partido.... Estaba, á lo que parece, amenazado hace mucho tiempo de ictericia, y aprovechó esta ocasion para tenerla.... Es una fortuna, ¿no es así?

— Caballero, dijo el conde con seriedad, un motivo mas grave que el de una conversacion indiferente, es el que me trae á esta casa.

— Ya me lo figuraba yo, dijo sonriéndose el caballero, porque jamás se vé por aquí al señor conde, sino en las grandes ocasiones.

— Vengo por motivos, que creo inútil manifestaros, continuó Voromsof, á decir á la señora princesa, de parte de su esposo, que su intencion, ó por mejor decir, su mas vivo deseo, es tenerla á su lado.

— ¡Bah! dijo el caballero, ese deseo no le ha venido muy pronto á S. E.; mas al fin ha venido.

— El príncipe, continuó Voromsof, sale dentro de algunas horas para Rusia, á causa de la guerra que acaba de estallar con Francia; le seria muy difícil llevar consigo á la princesa y sus hijos, viéndose precisado á hacer este largo viage con la mayor rapidéz; pero yo tendré el honor de servir de guia á la princesa.... y si el señor caballero nos quisiera acompañar....

— ¡Es demasiada bondad!... dijo S. Lorenzo; yo no voy á vivir entre los enemigos de mipatria.... y mucho menos en tiempo de guerra.

— Pues en ese caso, añadió Voromsof, marcharé solo con la princesa.

— No creo que ella os acompañe en ese viage, dijo el caballero.

— ¿Y quién lo estorbaria? repuso aquel.

— Una razon muy poderosa, señor conde.... replicó el caballero poniéndose en pie, y mirando á Voromsof con todo su aire de gran personaje: la negativa de la noble jóven, que por tanto tiempo os ha servido de juguete para vuestras intrigas, y que cansada, al fin, de este humillante papel, me ha encargado que os anuncie tres cosas.... y voy, añadió saludándole, á cumplir á mi vez mi mision.

— ¿Y cuáles son esas cosas, caballero? dijo el conde muy conmovido.

— La primera es, contestó S. Lorenzo, que Blanca de Montaran declara, que no llevará mas el nombre de un esposo, que no es el suyo....



— La segunda, que le devuelve á S. E. cuanto ha recibido de él, y se contentará en adelante con los pocos bienes que ha heredado de su padre....

— Y la tercera, por último, es, que ella y su madre han marchado á un retiro impenetrable, en donde todo vuestro oro y toda vuestra habilidad no lograrán descubrirlas.

— ¡Eso ya lo veremos!... dijo Voromsof fuera de sí.

— Pues lo vereis, señor conde, repuso el caballero. Y en cuanto á sus hijos, á los hijos de la princesa, ¿entendeis? porque vos se los habeis hecho reconocer muy legitimamente, se los ha llevado consigo, como el único recuerdo que ha querido conservar del príncipe Metzski.

— ¡Sin muger! ¡sin hijos! exclamó Voromsof con profundo dolor; ¿qué le quedará, pues?

— ¡El remordimiento! contestó el caballero de S. Lorenzo.

## XXI.

### *La casa de las Rosas.*

**L**A casa de las Rosas era una lindísima habitacion situada á algunas leguas de Saverna, en el delicioso valle de Marmontier, y debia tan bonito nombre á las muchas rosas que cubrian sus blancas paredes. Sepultada entre árboles casi seculares; escondida como la violeta entre el ramaje, al abrigo de las tempestades y de las curiosas miradas de los viajeros por las altas montañas que la rodeaban, parecia que se ocultaba á los ojos de los importunos, para no dejarse ver sino de raros amigos. Por esta razon, el estudioso naturalista, ó el cazador extraviado, no podian contener un grito de sorpresa y admiracion al descubrir aquel delicioso óasis, donde hallaban siempre la mas agradable hospitalidad.

Por esta secreta y sencilla habitacion habian, pues, abandonado la suntuosa casa de la plaza de Beauvan la marquesa de Montaran, su hija y el caballero de S. Lorenzo, y unidos á ellos otros dos huéspedes, que ni eran los menos alegres, ni los menos felices de los habitantes de la casa de las Rosas. Edgardo y Méry, como habrán adivinado sin dificultad nuestros lectores, habian sido llevados á la casa de Montaran por un encargado de la reina de Holanda, de la excelente Hortensia, á quien la duquesa, al espirar, habia suplicado que los confiara á Blanca, remitiéndole la carta escrita por ella en los últimos instantes.... triste y patético testamento de su corazon. Blanca, á pesar de la profunda herida que habia recibido su dignidad y su alma con el juramento del príncipe, no resistió al sagrado deseo de la moribunda; pero temiendo que su anciano amigo, el caballero, la acusara de debilidad, le ocultó la muerte de la mariscala, y la suprema mision que habia implorado de ella su desgraciada rival. Esta era la causa de que S. Lorenzo creyese, al anunciar al conde Voromsof, la ida de los hijos del príncipe, que Blanca lo hacia por via de represalias de todos los males que habia sufrido, cuando la noble jóven cumplia un santo y religioso deber. Por lo que hace á la marquesa, habia llorado, como su hija, con la carta de la duquesa, y no cargando sobre las dos inocentes criaturas las faltas de los que les habian dado el sér, las habia hecho muy pronto objeto de sus cuidados y cariño.



Dos años iban trascurridos desde que la pequeña colonia habia fijado su residencia en la casa de las Rosas, que el caballero habia comprado, y nada podia darse mas encantador que la intimidad de aquellos desterrados voluntarios. La vieja Mariana se habia vuelto á encargar de las funciones culinarias, y su educacion, empezada bajo la direccion de la princesa, y perfeccionada despues por los constantes documentos de S. Lorenzo, la habia hecho una verdadera notabilidad en su clase, con gran gloria de éste, que se admiraba á sí mismo en su discípula, y hallaba escelentes los platos mas comunes, al pensar que eran hijos de sus principios y su genio. Edgardo, príncipe en la sangre, y delicado como un gran señor en ciernes, solia hacer un gesto cómico al oír estas alabanzas, lo que daba lugar á las mas curiosas discusiones entre el niño y el anciano, en las que siempre el niño tenia razon, como el mas maligno y mas terco de los dos. Al fin S. Lorenzo habia tomado profundo interés por los dos pequeños seres legados á Blanca, y se habia hecho cargo de su primera educacion, siendo cosa verdaderamente digna de ver una leccion dada por el anciano á sus dos lindos discípulos. Edgardo sobre una de sus rodillas, Méry sobre la otra, con sus bracitos enlazados al cuello de aquel grave preceptor, y abrazándolo uno despues de otro, cada vez que les corregia una falta, ó se disponia á reñirles.

Ninguna alteracion habria sufrido esta tan dulce y apacible vida, si el alma de aquella familia, el ángel en quien se concentraban todos los afectos, todos los pensamientos de nuestros solitarios, no hubiera inspirado tristes inquietudes á su madre y á su anciano amigo.... ¡Blanca iba perdiendo la salud!... Diariamente se veia inclinarse mas hácia la tierra aquella hermosa flor; su brillo y su frescura habian desaparecido; su talle tan delgado parecia que iba á quebrarse al menor esfuerzo del viento; y sus grandes ojeras denotaban una mortal languidez. Blanca sentia renacer, pero con mas acerbidad y fuerza, la cruel enfermedad de que la habia una vez curado una sola palabra, proferida por una voz amada, la noche del viernes santo en la iglesia de Sta. Isabel.

Sostenida al principio por la indignacion que le causó la noticia del juramento hecho por Odoardo á la duquesa, habia creído poder desterrar su amor de su corazon como de su pensamiento; pero así que el tiempo fue borrando todo lo amargo y cruel que habia en sus recuerdos, no quedaron en su alma sino las dulces emociones pasadas, y el pesar que le causaba su pérdida. Una esperanza la tuvo tambien largo tiempo entretenida con sus risueñas ilusiones: se figuraba que algun secreto iman atraeria al príncipe hasta su retiro, que lo guiaria adonde ella estaba algun genio bueno y benéfico: pero el tiempo pasaba, la esperanza se desvanecia, y la pobre niña veia acercarse la muerte mas cruel de todas, porque se la vé venir diariamente, á cada hora, y se cuentan los pasos, y se siente el frio mucho antes de la tumba; la muerte, en fin, de la consuncion.

Un dia, que creia estar sola en la pieza en que el caballero daba ordinariamente leccion á sus protegidos, vió sobre la mesa un mapa, que servia para los primeros estudios de Edgardo y Méry, y desdoblándolo al momento, se puso á examinarlo con atencion; mas al medir la enorme distancia que separaba á Francia de la patria de Odoardo, le atravesó un puñal el corazon, y brotaron de sus ojos dos torrentes de lágrimas. Embebida en su exámen no sintió que se le acercaba con precaucion una persona, la cual, despues de haber mirado con



sumo tiento por encima de su hombro, alargó el brazo, y le sujetó la mano, cuyo dedo estaba aun fijo sobre la palabra *Rusia*. Blanca dió un grito de espanto; mas una repentina confusion se apoderó de ella, cuando oyó á su madre decirle con dolorosa reconvencion:

— ¡Hé aquí, en fin, el secreto que te mata!... ¡Y mi hija ha preferido morir antes que confesármelo!...

— ¡Madre mia! exclamó Blanca, ¿no sois vos quien nos ha separado?

— ¿Pero, desdichada niña, me habias tú acaso dicho que lo amabas?

T. por D. R. de C.

(Se concluirá.)

## REVISTA SEMANAL.

**TEATRO.** Han seguido las *Hadas* bailando toda la semana, y ha continuado el público honrándolas con su ausencia. Y no porque lo hagan mal como lo hacen los *Hados* de la compañía de verso, sino porque lo hacen muchas veces, y para magnetizar ó dormir á los valencianos no es necesaria la asistencia del señor Cubí, sino la repetición de cualquier espectáculo que no sea mágico. Respecto á las funciones dramáticas, nada tenemos que decir, porque nada nuevo se ha hecho, ni nada bueno: son como una especie de intermedios establecidos en favor de los coreógrafos (bailarines ó danzantes decían nuestros tontos antepasados) de que nadie hace caso, á que nadie asiste, y que mueren *virtute propria*. Y efectivamente: ¿qué puede ni debe decirse de unas funciones á que asisten cincuenta espectadores? ¿con qué justicia puede criticarse á una empresa que lucha con el desaliento del público, desaliento que así se manifiesta con malas como con buenas compañías? ¿con qué derecho se le exigirá la perfección de los trages, el lujo de las decoraciones, la grandiosidad del aparato escénico, si el benévolo público en vez de concurrir al teatro se entretiene en dormir, en jugar al tresillo, ó en murmurar del prógimo en sus reuniones habituales? De ahí nace que las empresas escatiman los gastos; de ahí nace que los artistas trabajan mal y sin entusiasmo; de ahí que los carretones en que se bañan las *Hadas* bramen tan espantosamente; de ahí que Minguet le haga hacer veinte eclipses á la luna, y de ahí que el magnífico teatro de Valencia se vaya reduciendo por momentos á la nulidad.

Y desgraciadamente solo un remedio conocemos para ver el coliseo con numerosa concurrencia, y que dudamos quieran aplicarlo los futuros empresarios: que la entrada sea *gratis*, y aun así sería preciso que en verano se obsesquiasen á los espectadores con un *mich y mich* de cebada y orchata. Acaso de este modo llegaría á desarrollarse en el vulgo el órgano teatral.

\* \* El señor Cubí ha terminado sus lecciones de Frenología y Magnetismo, á lo que ha asistido una concurrencia numerosa, que ha quedado satisfecha del talento del profesor, y del afanoso esmero con que predica el sistema de Gall. Un contrincante ha aparecido, que viene á dramatizar el asunto: el señor Freat sostiene que la cabeza de Napoleon era muy pequeña; y como uno de los dogmas frenológicos establece que *une tete tres petite* es la cabeza de un estúpido, cree haber destruido la ciencia por su base. El señor Cubí, que ha aceptado el combate, sustenta que la cabeza del héroe de Austerlitz (no nos atrevemos á llamarle rey de los reyes, porque el término, aunque poético, huele á sacrilegio) era muy grande, y cádate aquí que la miden y la remiden, y buscan y comparan, y pasan los aficionados las horas muertas cotejando unas monedas con otras, y aun midiéndolas con un papelito. Por supuesto que quedan vencedores los que mas desarrollado tienen el *órgano de la comparacion*. Esperamos con curiosidad el fin de la polémica; y aunque profanos á la ciencia, abrigamos la convicción de que la cabeza de Napoleon era mas grande que la del señor Freat y la del señor Cubí. — *La Mosca*.